

EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

ARTÍCULO 9.º (1)

Incomunicado el arzobispo en su cámara, recibió aviso de los Inquisidores para que se preparase á marchar á Valladolid. Despidió á sus criados D. Rodrigo de Castro, repartiéndoles cuatrocientos ducados que estaban en poder del limosnero: todos pidieron permiso para acompañar á su señor, y fuéles concedido con tal que llegasen á la corte por distinta ruta. El día 23 salió la escolta de Torrelaguna: iba Carranza montado en una mula con el sombrero hasta los ojos, ocultando las lágrimas: á las dos de la mañana del 28 entró en Valladolid. A pesar de la hora habíase reunido mucha gente para esperarle, pero él no levantó la cabeza: sus miradas fijas en el suelo daban claras señales de su profunda amargura.

Señálésele por cárcel un aposento de la casa de D. Pedro Gonzalez de Leon, ocupando otro cercano D. Diego Gonzalez para vigilar su permanencia. La ciudad toda estaba conmovida con aquella resolución espantosa: la prision del primado de España por crimen de heregía, era un acontecimiento que no podia menos de causar una impresion profunda.—Don Fernando Valdés escribió al rey, en 6 de septiembre, disculpándose de la precipitacion con que en la prision se habia procedido, alegando que habia temores fundados de fuga y le constaba ademas que de todos sus pasos estaba instruido el procesado gracias á la amistad de algunos personajes que rodeaban el trono: cara pudo costar esta insinuacion al gran prior de San Juan, D. Antonio de Toledo, que cesó desde entonces de comunicarse con Carranza.

Viendo la Inquisicion el efecto extraordinario que causaba en el pais la prision del arzobispo, conoció que era necesario justificarla con pruebas, para evitar el anatema de infamia que sobre ella, en otro caso, recaeria. Estendióse con
Madrid 3 de octubre de 1841.

(1) Véanse los nueve números anteriores.
TOMO II.—14

este objeto la informacion, examinando hasta noventa y seis testigos, apologistas los unos de la religion del reo, acusadores de referencia los otros, é insignificantes los mas. En el voluminosísimo proceso que se formó se ven cosas estraordinarias: los procesados como hereges defendian desde la cárcel al arzobispo y atestiguaban su fé católica aun en medio de los tormentos; mientras los altos prelados, que mas habian respetado y ensalzado á Carranza, calificábanle ya de sospechoso y le abandonaban sin defensa á la persecucion. El jesuita Martin Gutierrez, Antonio Lopez, médico de Toro, el licenciado Agustin Zurujano, Francisco Montero, capitán de infantería, el beato Juan de Rivera, Julian de Pernia, el doctor Acosta, Diego de Durango, el canónigo de Zamora Sabino Bernal Astete, D. Juan de Villareal, comendador de la orden de Santiago, D. Pedro de Agustin, obispo de Huesca, fray Gerónimo de Porras, y Fray Francisco de Irribarren, guardian de franciscanos en Tazona, depusieron de manera tal que culpaba al arzobispo de falta de fé y tendencias luteranas, ya dando poco valor al sacrificio de la misa y á la Eucaristía, ya prescindiendo de los santos Padres en la interpretacion de las Escrituras, sea admirando la fanática conviccion de los hereges, ó bien conviniendo con ellos en las materias de

justificacion; pero las esplicaciones de fray Luis de la Cruz y fray Juan de Villagarcía, discípulos y antiguos compañeros de Carranza, disipan sobre este punto muchas sospechas. Las declaraciones mas graves son las del célebre Hurtado de Mendoza y de Alvarado de Fresneda. En 28 de setiembre fué examinado D. Diego Hurtado de Mendoza, embajador que habia sido en el concilio de Trento y corte de Roma, consejero de estado y gentil-hombre de cámara del rey: manifestó que desde Venecia sospechaba del arzobispo por haberle llamado la atencion la estrecha amistad del dominicano con Mateo Prioli, obispo de Brescia, Donato Rullo Cadáveres, Antonio Flaminio, monseñor Carnesecca y los cardenales Polo, Moron y Atanasio Colonna, notados y procesados luego como hereges; encerrábanse á solas para hablar, y aunque era esteriormente irreprochable su conducta, sospechábase que seguian sendas religiosas poco pisadas por los verdaderos católicos: prevenido ya, habia leído Mendoza con atencion el Catecismo, y al ver que dejaba sin solucion algunos argumentos luteranos, al considerar la debilidad de las razones que alegaba para combatir los vigorosos ataques de la reforma, conceptuó infestado al arzobispo y no tuvo inconveniente en decírselo en Flandes á su rey. En el mismo sentido declaró D. fray Bernardo Alvarado

de Fresneda , consejero de estado y comisario general de Cruzada: las relaciones de Carranza con el arzobispo de Cantorbery y otros prelados y cardenales depuestos de su dignidad, parecíanle indicios de heregia incipiente, no obstante que Fray Juan de Villagarcía, que acompañara en Lóndres al procesado, explicaba estas amistades de diferente manera, atribuyéndolas á un deseo de acercarse á los extraviados para convencerlos de sus errores.

De ese estensísimo proceso que consta de veinte y cuatro volúmenes á mil y mas fojas cada uno, ejemplo de lo que pueden complicar una causa las pasiones, nada resulta que pruebe la heregia de Bartolomé Carranza. Una imparcialidad que se atribuía á falta de fé, una tolerancia que se consideraba complicidad, la amistad particular mirada como simpatía religiosa, eran la fuente de los crímenes que se imputaban al desgraciado arzobispo. Su lectura de libros luteranos, autorizada por Paulo III, le habia hecho mirar bajo otro aspecto ciertas cuestiones sin variar de opinion en su esencia: á fuerza de disputar con los heresiarcas y de empararse en sus obras, habia comprendido que no era tan hondo el abismo que separaba ambas doctrinas que no pudiesen entenderse al fin, y tenia la imprudente franqueza de confesarlo. Sin calcular que la sociedad católica caminaba á una reaccion que ninguna mano podia

detener, quiso ser imparcial en la lucha, y los hereges le odiaron y los católicos le persiguieron; pero de todo cuanto se escribió sobre su proceso no resulta un solo motivo para asegurar paladinamente que profesaba las opiniones luteranas.

Antes que hubiese llegado á Valladolid el arzobispo, habia subdelegado el Inquisidor general sus facultades en los consejeros Valtodano y Simancas, reservándose poder para lo que conviniese y autorizando asimismo á los inquisidores Baca, Riego y Gonzalez para todo lo relativo á la custodia del arzobispo y secuestro de sus bienes. Carranza reclamó el secreto de los papeles que concernian al pleito con el marqués de Camarasa sobre el adelantamiento de Cazorla, y de un legajo de cartas particulares y reservadas del rey. Constituyéronse el 1.º de setiembre en su prision Simancas y Valtodano para exigirle juramento de decir verdad sobre lo que iban á preguntarle; negóse con la mayor firmeza, asegurando que solo lo haria cuando lo mandasen el monarca ó el Pontífice; protestó que todo lo actuado era nulo por falta de poder; que no reconocía por juez al Inquisidor general mientras no tuviera facultades especiales, y mucho menos la subdelegacion. Diósele al dia siguiente, como pidió, copia del breve pontificio.— Con acuerdo del Consejo declaróse don Fernando Valdés juez competente,

y el día 4 acudió á tomar declaracion á Carranza, anunciándole que se usaria de misericordia ó de severidad segun su conducta. Firme en sus primeras alegaciones, añadió el arzobispo que habian sido inciertas las preces del breve, puesto que al tiempo de hacerlas al Papa no habia en España sospecha ó difamacion de ningun prelado; y en cuanto á su persona, se hallaba en Flandes entonces combatiendo por la religion, convenciendo hereges y trabajando sin tregua por la exaltacion de la fé católica. Volviéndose luego al Inquisidor general, lo recusó en forma, esponiendo las causas y repitiéndolas por escrito en los siguientes dias. Los motivos que alegó eran poderosos y suficientes: la íntima amistad de Valdés con el marqués de Camarasa, contrario del arzobispo de Toledo, el ódio profundo que á este profesaba, el carácter envidioso y vengativo del Inquisidor, la antipatía que desde luego sintieron ambos prelados y las anécdotas y casos particulares que de fundamento servian, fueron esplicadas minuciosamente. Recusó tambien á los consejeros Perez y Cobos por causas que ofreció probar.

La habitacion que señalaron al arzobispo no era proporcionada á lo que exigia su rango: poco cómoda y ventilada, distante de toda comunicacion exterior, reducíase á dos ó tres piezas centrales con es-

casa luz y ningun desahogo. Quejóse de su estrechez, pero el fiscal presentó informacion competente acreditando la anchura y buen arreglo de la casa: en términos generales nada habia mas fácil de probar, pero en cuanto á la habitacion ocupada por Carranza no era así. Prevínosele que eligiese los criados de su servicio; designó seis, y le permitieron solo dos, fray Antonio de Utrilla y uno de sus pajes llamado Jorje Muñoz de Carrascosa.—El tiempo pasaba entretanto: el rey habia vuelto de Bruselas, y al informarse de la causa del arzobispo, habia prevenido el Inquisidor su ánimo, contando anécdotas y exagerando palabras, mostrándole aisladas declaraciones, disipando sus dudas y pintando como hipócritas manejos sus tareas de Londres y de Flandes. Todo se conjuraba contra el infeliz prelado, y el monarca, que no entendia intervenir en causas de fé, dejó al proceso caminar por sus trámites á su fin.

Para sentenciar la incidencia de recusacion nombráronse jueces árbítrios por parte de Carranza y del fiscal: eligió el primero á D. Juan Sarmiento de Mendoza; designó el segundo al licenciado Isunza, oidor de Valladolid: reunidos ambos en 23 de febrero de 1560, declararon justas, razonables y bien probadas las causas: apeló el fiscal Camino á Roma, pero no siguió su apelacion y fué abandonada co-

mo desierta.—Por muerte de Paulo IV habia subido al trono pontificio Pio IV en diciembre de 1559, y habia confirmado en Valdés todas las facultades dadas por su antecesor; despues al saber el fallo de los jueces árbitros, espidió en 5 de mayo del año siguiente un breve apostólico en que, despues de dar por válido lo actuado en cuanto fuese conforme á derecho, autorizaba á Felipe II para elegir en nombre de Su Santidad los jueces que considerase oportunos, dándoles poder para proseguir el proceso hasta el estado de sentencia por el término de dos años, contados desde 7 de enero de 1561 en que acabarian los concedidos por Paulo IV. Pero los inquisidores creyeron que no habia limite alguno á su jurisdiccion; y noticioso de la amplitud con que se interpretaba su permiso, espidió en 3 de julio el Papa otro breve mas terminante mandando que se le remitiera el proceso sustanciado, pero sin sentenciar, dentro del plazo que de antemano prescribiera.

En uso de las facultades concedidas por el Pontifice nombró Felipe II juez de la causa con poderes para subdelegar á D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, arzobispo de Santiago. Gran placer produjo en Carranza esta eleccion: tenia formada alta idea de sus cualidades, apreciaba sus virtudes, y el conocimiento de su mérito le habia

movido á proponerle en 1557 para la silla primada. Hubo notable alivio en su carcerería: mudáronse los guardas, y concediéronle ligeras modificaciones que antes le habian negado sin motivo alguno; pero su alegría fué de corta duracion. Zúñiga subdelegó en los consejeros Valtodano y Simancas que habian comenzado el proceso: pensó recusarlos el arzobispo por haber votado su prision, mas no lo hizo, porque, al saber su intento, observó entre sus ministros el rey que si se admitia tan leve causa seria preciso duplicar el número de jueces, para que prendiese el uno en el sumario y siguiese otro en plenario el proceso hasta sentencia definitiva.

La causa marchaba lentamente: dos años habian corrido desde la prision del prelado, y poco satisfecho con sus defensores, no adelantaba su disculpa. Comunicósele una órden espresa del rey en que le permitia nombrar cuatro abogados de su gusto y confianza. Designó entonces el arzobispo á los sábios doctores Martin de Alpizcueta, conocido y famoso con el nombre de doctor Navarro; Alonso Delgado, canónigo maestrescuelas de Toledo; Santander, arcedian de Valladolid, y Morales, letrado de la chancillería: los dos primeros estaban autorizados para hablar á toda hora con el procesado. Tomóse la confesion con cargo al arzobispo, cuyas respuestas fueron soluciones con-

cluyentes á las dudas que contra su fé se levantaban.

Por un decreto del Inquisidor general se confiaron las obras no calificadas y aun parte de las que lo estaban al dominicano fray Diego de Chaves, confesor del príncipe de Asturias; al franciscano fray Juan de Ibarra, al benedictino fray Rodrigo de Vadillo, despues obispo de Cefalonía, y al gerónimo fray Juan de Azoloras, despues obispo de Canarias. Como entre las producciones del arzobispo habia obras que falsamente se le atribuyeron, sacaron los examinadores muchas proposiciones que calificaron de heréticas, algunas de próximas á heregía y capaces de producir, al autor de vehemente sospechoso.—Y al estender esta notable censura, habíanse publicado ya los edictos del Inquisidor, condenando el *Catecismo* y la *Exposición de la epístola canónica de san Juan*.—Tal era el estado de la causa cuando se convocó por tercera vez el concilio general en Trento.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL;
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

Los antiguos hábitos y sentimientos caballerescos se hallaban tan de acuerdo

con las inclinaciones y caracter del Emperador, y fueron tan protegidos durante su reinado, que á pesar de la pragmática de duelos de Fernando el V, (1) en 31 de diciembre de 1522 se celebró en Valladolid con la mayor pompa y ceremonia á presencia del emperador un desafio entre los dos caballeros aragoneses don Gerónimo de Ansa y don Pedro Torrellas, (2) ¿Cómo, pues, en medio de una corte guerrera y prendada solo del valor, de los duelos y torneos, podia adelantar ni desarrollarse el drama y la amena literatura, que exigian de suyo costumbres mas dulces y la proteccion del rey? Tan pocos progresos habia hecho la dramática española en estos tiempos, que en 1526 aparece por primera vez y aun esto de un modo dudoso, la existencia de un teatro en Valencia, que hasta 1580 no le hubo en Madrid, y que en 1548 se celebró en Valladolid el casamiento del príncipe Maximiliano con la infanta doña Maria, representándose en palacio una comedia estrangera de Ludovico Ariosto «en la forma de teatro y cenas que los romanos solian representar, que fué cosa real yuntuosa» segun Sandoval. (3) Es cierto que desde principios de este siglo la antigüedad fué estudiada con mas ahinco, y que Boscan, Oliva y Abril hicieron varias traducciones de las tragedias griegas. Empero este impulso y movimiento clásico fué todavia mas estéril é infecundo, que el importado de

(1) Ley 4. Tit. 20 Lib. 42. Novis. Recop.

(2) Págs. 422 y 25 de la misma historia.

(3) Página 488.



la Francia con Felipe V y sancionado por la poética de Luzan en 1736. «Estas traducciones (dice con mucha razon y belleza el señor Martinez de la Rosa en su apéndice á la tragedia) no eran bastantes á arraigar en el público el gusto á esa clase de composiciones, y eran como las armaduras bellísimas guardadas en un palacio antiguo, que se admiran como monumentos venerables, curiosos por su labor esquisita, pero no pueden servir al uso y provecho del pueblo.» Y en verdad ¿qué interés podían ofrecer al público español los objetos de las tragedias griegas, reflejo de ideas y sentimientos que le eran desconocidos? ¿Qué provecho podía sacar la dramática española de sucesos extraños á su historia y á su vida, tan rica por otra parte de poesía, de hechos históricos, y de situaciones profundamente trágicas? No podía pues, haber teatro en España, hasta que los poetas presentasen á nuestra nación el cuadro vivo, animado y variado de sus costumbres, de su nacionalidad y de sus glorias: el poeta que lo hiciese así abriría el verdadero camino, admiraría y agradaría á los espectadores, y sería colmado de aplausos. Tan señalado favor obtuvieron Lope de Vega y Calderon: pero antes de ellos existió el teatro español, y hubo poetas que prepararon su marcha atrevida y triunfal. Interés ofrece pues, recordar el nombre de estos poetas, y examinar los caracteres distintivos de la dramática española en sus primeros ingenios; y nosotros entraremos desde luego á verificar este examen; porque aunque fueron esca-

sos, como hemos dicho, los progresos del teatro hasta fines del siglo XVI y principios del XVII, existieron en los primeros y últimos años del siglo XVI dos poetas, Bartolomé de Torres Naharro y Juan de la Cueva, en que se entrevee ya lo que debia ser la comedia española bajo los distinguidos ingenios de la corte de Felipe IV.

Las comedias de Torres Naharro, representadas segun el señor Martinez de la Rosa en la corte de Leon X, é impresas en Sevilla en 1520, ofrecen ya esa mezcla de cómico y ridiculo, de maravilloso y sublime, que distingue nuestra literatura, y que caracterizó despues las producciones de nuestros mas sobresalientes ingenios; porque es muy digno de notarse y sobremanera honroso á nuestras glorias literarias, que desde Naharro hasta Quevedo, nuestros poetas y novelistas conocieron y supieron pintar tan bien la parte cómica y ridícula de la vida, como la heroica y sublime; y la literatura española, que cuenta entre sus brillantes producciones la *Araucana* de Ercilla, el *Bernardo de Balbuena*, la *Estrella de Sevilla* y las *Flores de don Juan de Lope de Vega*, el *Médico de su honra* y el *Alcalde de Zalamea* de Calderon, el *García del Castañar* de Rojas, el *Amor y amistad* de Tirso de Molina, el *Caballero de Moreto*, y *Ganar amigos* de Alarcon, tiene tambien en la parte cómica y ridícula las poesias del Arcipreste de Hita; el *Lazarillo de Tormes*, *Guzman de Alfarache*, el *Criticón* de Gracian, la vida del Gran Tacaño y demas obras satíricas

creadas por la inagotable vena de Quedo. Mas volviendo á las comedias de Naharro, se halla en ellas ya, á pesar de que la accion es generalmente sencilla y está muy poco desenvuelta, el verdadero drama español, la mezcla de lo maravilloso y de lo ridículo, y presentadas en escena las costumbres groseras y maliciosas de criados y rufianes, las rondas y galanteos tan propias de nuestros usos, el retiro y fácil seducción de nuestras damas, y el sentimiento del honor en sus padres y parientes. Aunque la musa de Naharro descolló en la pintura de la parte cómica y ridícula de la vida, en la viveza y desenvoltura del diálogo, y si bien son muy poco delicadas las ideas y costumbres que presenta en la *Himenea*, la *Jacinta*, la *Calamita* y la *Aquilana* (1) es muy digno de observarse en la segunda comedia la diferencia y respeto hácia la muger, rasgo distintivo de nuestra literatura, y que fué casi divinizado por la musa de Calderon y de Lope de Vega. En ella dice Jacinto en favor de las mugeres.

Mueran en malas batallas
 Los puercos, sacos de menguas,
 Que en mugeres ponen lenguas,
 Debiendo en antes cortallas.
 A las mugeres loallas,
 Dentro y fuera de poblados,
 Y subillas y ensalzallas
 Sobre todos los Estados.

(1) Pueden leerse en la obra «Teatro anterior á Lope de Vega.» Edicion de Hamburgo de 1832.

Los bellacos deslenguados,
 Maldicientes detractores
 Debrían los traidores,
 Ser dellas apedreados.
 ¿Quién las suele importunar?
 Nosotros con mil locuras,
 Que aunque fuesen piedras duras,
 Las haríamos quebrar.
 Nosotros por las burlar,
 Mil esperanzas les damos;
 Nosotros sin las dejar,
 Por el mundo las llevamos:
 Nuestras virtudes hallamos
 Ser las que aprendemos dellas,
 Sus maldades ser aquellas
 Que nosotros les mostramos.
 Nosotros muy alabados
 Por mugeres y señoras,
 Y ellas por nos pecadoras
 Puestas en grandes cuidados.
 Nos por ellas esforzados,
 Y ellas por nos amenguadas.
 Nos por ellas muy honrados,
 Y ellas por nos deshonradas;
 Nos por ellas mil vegadas,
 En grandes rentas y preces,
 Y ellas por nos muchas veces
 Candeleras alquiladas.
 Esto te digo en favor
 De las que corren fortuna:
 Digamos ahora de alguna,
 Que tiene por vos amor.
 Con cuanta pena y dolor,
 Por poco mal que sintais
 Anda y torna en derredor,
 Demandándoos cómo estais
 Diciéndoos qué le mandais;
 Consolándoos como suele,
 Preguntándoos dónde os duele,
 Porfiándoos que comais.

Hela, vá muy aflijida
 A decir misas por vos;
 Y á rogar continuo á Dios,
 Os mande salud y vida.
 Su comer y su bebida
 Suspiros, lágrimas son:
 Lloro, gime, plañe y grida
 De todo su corazon.
 No puede ningun varon
 Pagalle cumplidamente
 Las lágrimas solamente,
 Que deja en cada rincon.
 Pues desto bien informados,
 Y otro bien no hubiese en ellas,
 A todas y cualquier dellas,
 Somos todos obligados:
 Cuanto mas que sus cuidados,
 Sus grandezas, sus hazañas,
 Son servir á sus amados
 Con obras y lindas mañas;
 Y en los tiempos de sus sañas,
 Cuando partís, ellas lloran;
 Cuando tornais, os adoran
 Con el alma y las entrañas.
 Y al yantar y á la cena,
 Con unos besos zumosos,
 Y unos abrazos preciosos,
 Y un señor á boca llena;
 ¡Qué gloria de nuestra pena!
 ¡Qué alivio de nuestro afan!
 Sin duda no hay cosa buena,
 Donde mugeres no van.
 La gente sin capitan
 Es la casa sin muger,
 Y sin ella es el placer,
 Como la mesa sin pan.»

Hay ternura, delicadeza y sublimidad
 en tan sencillos versos. Empero no obs-
 tante que las comedias de Torres Narbar-

ro, sin sujetarse á las unidades clásicas, presentaban un adelanto inmenso sobre las eglogas de Juan de la Encina, y ofrecian ya las bellezas y defectos de las demas del teatro español, prohibidas por la Inquisicion luego que se publicaron, ni las mencionó Rojas en su *viage entretenido*, ni fueron probablemente conocidas del famoso autor y representante Lope de Rueda: por ello no tuvieron el influjo que debieran en los progresos de la Dramática, concurriendo ademas en su desgracia el carácter guerrero y caballeresco de la corte de Carlos V, la inexistencia de teatros, y la falta de proteccion por el gobierno de la amena literatura.

F. G. DE MORON.

SEGUNDA SECCION.

AMENA LITERATURA.

Gavino.

El obispo de San David, me preguntó si debería ó no prestar juramento á Guillermo, asegurándome que no lo haria sin mi consentimiento. Estuve por la negativa, y me abrazó. A la mañana siguiente se prestó el juramento en la cámara de los Lores, y el obispo juró de los primeros.

SIR JOHN REESESBY.

Cuatro mulas negras arrastraban un

coche por uno de los caminos reales de España. Pertenecía el tiro y el carruaje á un comerciante de Zamora, anciano y rico que iba á Segovia por asuntos de comercio. Había mandado parar antes de la noche, y como esta se aproximaba el carretero se detuvo á la puerta de una posada de bien pobre apariencia, pero que no podia reemplazarse por otra mejor en aquel parage. Si la reputacion de las posadas españolas no estuviera tan bien sentada, nos detendríamos tambien á describir la presente casuca, cuya mejor pieza era la cuadra, y que tenia por huéspedes habituales, los arrieros.

El posadero salió á recibir al comerciante, con una vela en la mano y una servilleta al hombro, como se acostumbra con las personas distinguidas. En España, como en los demas paises civilizados, un coche es una patente de respeto para su amo —Bien venido, caballero, dijo el posadero: bien venido: su buena estrella le ha guiado á mi casa, donde la hospitalidad, sino es gratis por haber pasado los tiempos de la caballería, no deja por eso de concederse con la mejor voluntad y respeto. Hallará vd. un vino capaz de hacer violar el alcoran al gran turco: mi cocina está mas poblada que el arca de Noé, y en cuanto á la cama, el mismo señor inquisidor general podria dormir en ella á pierna suelta, así está de limpia y mullida.

—No me fio de las promesas venturales, contestó el viagero con tono serio, pero atento: si paso mala noche, los discursos de vd. no la mejorarán, y si

ceno bien, el paladar me lo dará á conocer: mis riquezas no datan de larga fecha.

Desconcertado el posadero, el mejor medio que halló para salir del paso, fué hacer una profunda cortesía, manifestando con ella que le habia hecho gracia la contestacion del comerciante. En seguida le introdujo en una pieza adornada con algunos muebles desordenados: en las paredes, un pintor de brocha gorda se habia esmerado en reproducir las brillantes hazañas del famoso caballero don Quijote de la Mancha, y los gloriosos encuentros del amante de Jimena, porque la España solo posee dos héroes populares, el Cid y don Quijote. Como era invierno y soplabá una ventisca desagradable, ardía en la chimenea una gavilla de chispeantes sarmientos, y de la ennegrecida saliente de una viga, colgaba un candil, cuya torcida chupaba para alimentarse la mugre de la cazoleta á falta del aceite que se le suministraba por alambique.

No tardaron mucho en disponer la cena. El amo del tiro de mulas negras, se sentó á la mesa y esperiméntó una agradable sorpresa al notar la abundancia y delicadeza de los manjares, que contrastaban con la apariencia de tan miserable mansion. Mientras comia el comerciante, el posadero exhalaba hondos suspiros. Habíase quedado en el cuarto para servirlo, no queriendo confiar este honor á ningun otro, ó tal vez porque él era al mismo tiempo el amo y el criado de su casa.

—¿Qué tiene vd? le preguntó el mer-

cader, cuyo apetito disminuía al paso que desaparecían los manjares de los platos. ¿Le aqueja á vd. algun pesar?

—Tengo un hijo, que constituye toda mi familia como toda mi esperanza: mañana sale para la Salamanca á estudiar en su famosa universidad.

—¿Con que ya ha formado vd. proyectos sobre el porvenir de su hijo? ¿Y á qué carrera le destina vd?

—A la que él elija. No le falta talento, añadió con aire de satisfacción, y segun dice un señor canónigo conocido mio, el talento es la fortuna de los que carecen de ella.

El mercader dejó escapar una sonrisa.

—Quisiera tener el honor, continuó el posadero, de recibir de vd. un consejo.

—No los doy nunca, contestó el mercader: me he convencido de su inutilidad. Todo lo que puede sacarse de un consejo son algunas luces, pero jamás la fuerza necesaria para obrar: para andar no basta solo ver, es indispensable tener voluntad y fuerza para mover los pies. Además, que cuando se sigue un parecer ageno, equivale á reconocer una superioridad incompatible con el amor propio del hombre.

—La superioridad del talento de usted sobre el mio no puede ponerse en duda: con mas edad que yo debe usted haber adquirido mas experiencia. Fuera de que, es tal el sentimiento que experimenta un padre al separarse de su hijo, que aun cuando sus consejos destruyeran mis mas risueñas esperanzas, mi corazón se los agradecería.

—Pues bien, respondió el mercader, á quien el vino hacia parlero: voy á contar á vd. una historieta, de la que le será fácil aprovechar la moral. Siéntese vd. y présteme atención.

El posadero tomó una silla y se sentó á una distancia respetuosa de su huésped: este recogió sus ideas por un momento, y empezó en los términos siguientes:

«Vivo en la ciudad de Zamora, donde mi padre vendía sedas.

Momentos antes de morir, me hizo acercar á su cama y me dijo:

«Hijo mio, mi tienda es tu herencia: no tendrás que avergonzarte por ser mas ni menos que yo: hé aquí por lo que respecta á tu posicion en el mundo. Partirás desde el punto en que yo me he detenido: hé aquí por lo que concierne á tu fortuna. Yo he andado la mitad del camino, la otra mitad corre de tu cuenta. Procura ser hombre de bien aunque comerciante: suponte siempre que estoy á tu lado, y de este modo alcanzarás el resultado de todos los géneros de industria: el descanso unido á la abundancia.

Espiró.

El último consejo de mi padre era un deber sagrado para mí: así fué, que á pesar de mi profunda aflicción me dediqué á los negocios mercantiles.

Pasaba una vida dulce y tranquila extraña á las aventuras; con la pintura de un día se tiene la exacta de todo un año, y en ello consistía mi felicidad. Se puede aplicar á los hombres lo que se dice de las naciones: sus desastres son mas ruidosos que su prosperidad,

asi que las historias mas cortas son las mejores.

Rara vez salia: con nadie me trataba. Sin embargo, á Dios gracias, no me faltaba sociedad: la de mis parroquianos.

En cierta época, un tal Gavino, se estableció enfrente de mi casa. Contaba seis mil reales de renta bien pagados y vivia en la ociosidad, que para él era el resultado de un sistema. Decia, que la existencia de las plantas era la mas feliz porque estaban privadas de accion, y que mientras mas puntos de contacto se tuviera con ellos mayor seria el grado de felicidad del nombre que las imitára. Un corto paseo era toda su distraccion. Soliamos saludarnos al principio: despues cambiamos algunas palabras: un dia le supliqué que entrara en mi tienda: volvió á ella por mera política, luego por costumbre, y por último por amistad.

—¿Qué tiene usted? le pregunté una mañana que me pareció pensativo.

—Tengo necesidad de hablar con usted.

—Espíquese usted con toda confianza; nuestro trato y vecindad ha degenerado en parentesco.

—Voy á hacerle á vd. una confesion: la soledad me mata. Cuando me encierro en mi casa, me desespera encontrarme solo. La soledad me ha sugerido la idea de casarme...—Si, vecino, añadió observando la mirada que le dirigia: doña Teresa me ofrece su mano: tiene quince años: su dote duplicará mi fortuna; pero quiero antes aconsejarme de vd., resuelto á seguir

su opinion. Hábleme vd. con toda franqueza, con la claridad que hablaria á un hermano.

—Usted lo quiere?

—Si, lo exijo absolutamente.

Tal vez le pinté el matrimonio con colores demasiado oscuros. Procuré, sobre todo, hacerle entender, que la muger no debia encontrar en la edad del marido la de un padre. Se arrojó en mis brazos exclamando:

—Querido Gaspar; sus consejos de vd. proceden de la verdadera sabiduría. Teresa es encantadora, no hay duda, pero como vd. acaba de decir muy bien, yo he nacido demasiado temprano para ella. No pensemos mas en esto.

A la mañana siguiente ni una sola palabra nos dijimos que recordára la conversacion de la víspera. Al otro dia el mismo silencio; la mas mínima señal revelaba su antiguo proyecto. Felicitábame por ello, cuando una mañana recibí una carta de su puño en que me suplicaba fuera á la iglesia inmediatamente. Se trataba de una boda: era la suya: mi amigo se casaba.

Acompañé á los recién-casados desde la iglesia á su casa. Habia gran reunion; el banquete fué opíparo. La alegría rebotaba en todos los semblantes. El vecino se acercó á mí: estaba confuso. Le animé felicitándole por su eleccion y ponderando las gracias de su esposa.

Usted, se admirará de oirme aplaudir lo mismo que habia reprobado: cesará su admiracion cuando sepa, que siguiendo la máxima de un sábio francés, he adoptado el sistema de no vituperar aquello que no tiene remedio.

Confieso además, que arrastrado por la alegría común, y seducido por los rasgados ojos negros de la joven hermana de Teresa, casi llegué á formar proyectos de boda. Complacíame en observar á la desposada, cubierta de un velo blanco y coronada de flores, y á pesar que un pariente suyo, muy erudito, me habia manifestado en la iglesia durante la ceremonia, que el mismo traje endosaban en los tiempos antiguos á las jóvenes destinadas á los sacrificios, mi pensamiento, lejos de detenerse en tan remotas consideraciones, se afectó en la presente, tomando parte en el bullicioso fandango y en el repiqueteo de las castañetas. Soñé con la palabra matrimonio: pero las ideas soñadas las consideraba como una locura, y se disiparon.

Veía á Gavino con menos frecuencia. El placer ó los cuidados anexos al matrimonio le retenían en su casa. Al cabo de algunos años era padre de dos hijos. El mayor se llamaba Pedro y el segundo Fabricio. Cuando nació este le dije:

—Gavino, la fecundidad de mi señora Teresa, disipa la soledad que tanto le afligia; el fastidio no le arroja á vd. ya de su casa.

—Es cierto, me respondió; pero al marcharse el fastidio, ha dejado la puerta abierta á las penas.

Gavino tenia razón. Su renta era demasiado corta para una familia numerosa. Conocía lo perjudicial que le habia sido no haber hecho al trabajo compañero de su juventud. «Mis hijos serán mas dichosos, me decia, porque se aprovecharán de mi ejemplo, tomarán carrera: yo se la proporcionaré brillan-

te: serán muy ricos, alcanzarán los primeros puestos, y tal vez los honores de la inmortalidad.

Gavino no estaba desprovisto de sano juicio, pero por las últimas palabras comprenderá vd. que no le faltaba tampoco su buena dosis de vanidad, y este género de locura trastorna las mas firmes cabezas.

La situación de mi vecino se hacia cada vez mas penosa. Murió su suegro, dejando bienes considerables; pero habia que dividirlos entre ocho herederos; se suscitaron pleitos y acabaron por arruinarse.

Gavino restituyó la dote: la escasez de recursos le obligó á economizar en el gasto, y á contrariar á su esposa en sus caprichos de lujo y coquetería. Desde este momento hizo el papel de muger sacrificada. El dolor interior, esta calentura del alma, la fué destruyendo poco á poco: desapareció el sonrosado de sus mejillas, los recursos del arte fueron infructuosos, y una mañana vi entrar á Gavino por mis puertas vestido de negro: era su traje de boda: solo tuvo que añadir un crespon al sombrero.

A pesar del cariño que concedia á sus hijos, no podia atenderlos con toda la tierna solicitud de una madre. Resolvió apresurar su entrada en el colegio: los condujo por sí mismo á un convento donde los monjes, separados del mundo para consagrarse á Dios, tomaban á su cargo la educación de la juventud, para indemnizar por este medio á la sociedad de su celibato.

(Se concluirá en el número inmediato).

ESVERO Y ALMEDORA,

POEMA EN DOCE CANTOS,

POR DON JUAN MARIA MAURY,

AUTOR DE L'ESPAGNE POETIQUE.

ARTICULO 2.º (1)

Embarazados nos vemos para citar,
porque contienen los doce cantos mo-
delos de tantos tonos, de tan variados
géneros que no sabemos á qué trozos
dar la eleccion. Empezaremos por una
descripcion de las justas, llena de ani-
macion, de propiedad y de elegancia.

¡Cuánto undoso penacho cabecéa!
¡Cuál arde al sol la rebruñida malla!
Encrépsase el conflicto, ágría pelea.
Cual nunca, imágen de marcial batalla.
Aquí parte, allí para, allá flaquea;
Suenan la punta hiriendo, el fuste estalla
Rompiendo; astillas con violento salto,
Vuelan por cima al mirador mas alto.

Coronando los altos miradores,
Ostentan hoy de las insignes bellas
Las galas vistosísimos colores,
Los aderezos nítidas centellas.
Ya de rico pensil parecen flores;
Ya de apacible firmamento estrellas;
Noble corona que el concurso aclama:
«Cúpula hermosa al templo de la fama.»

Por medio de los bélicos arrojós,

(1) Véase el número anterior.

Porfiados al par de la demanda!
Si del hierro tal vez fueron despojos
Divisa ó trena, banderola ó banda,
Envíos incesantes las reponen,
Que sigan distinguiendo y galardonen.

Ya, al estruendoso choque, espesa bruma
Levanta el polvo y quita que se vea;
Mas de los yelmos dominó la pluma,
Y de las cotas el brillar clarea.
Turbado mar, dijeran, y la espuma
Rizada y leve que por cima ondea,
Y que del viento el ímpetu sonoro
Olas de acero revolviere y oro.

El exorto de un ulema antes de la
batalla de Elvira puede citarse como
muestra de una elocuencia poética de
primer orden. Hay fuerza y vigor en
estas palabras, al paso que la versifi-
cacion ostenta notable energía.

Entonces un Ulema, á quien si falta
La clara luz del que á Jesus adora,
El profético espíritu le exalta
Que á la Sibila antigua de la aurora,
Delante, hácia las filas vuelto, en alta
Voz, del confuso estruendo vencedora;
«¡Ay tristes, exclamó, si á tal estrecho
«No oponeis fuerte brazo y fuerte pecho.»

«Muslimes, bien lo veis; treguas ni paces
«Importan nada á la naciön impía,
«Ni dominar sus ídolos falaces
«Toda esa España que el Koran regía.
«Allí, tendidas sus sangrientas haces,
«Soberbias, la postrer Andalucía
«Ya demandando están: Dios solo es fuerte:
«Maldiccion al cristiano y guerra á muerte.»
A pesar de que el círculo se agranda,
¡A cuántos van siguiendo hermosos ojos,

«Ni vosotros querais vencidos vida,
 «Pensando que sin honra os quede al menos
 «La patria: ¡O patria!... Eterna despedida
 «Preparad, granadinos agarenos.
 «Adios, regia ciudad, vega florida,
 «Hermosas fuentes, cármenes amenos,
 «Altura en nieve revestida toda,
 «Cual virgen con su túnica de boda.»

Una de las descripciones mas bellas del poema es la descripción de la Helbrida, donde está situado el condado de Altano y donde se fabrica y enreda la parte maravillosa de la fábula: allí reside Almedora, la antigua Palmira; allí ostenta su hermosura y prepara sus secretos prodigiosos.

Ya mas que de la Arcadia y siglo de oro
 Le captarán poéticas escenas:
 Gracias y risas en festivo coro
 Mira formar mudanzas y cadenas.
 Escucha melodías de Peloro,
 Y unirse á las dulcísimas sirenas
 Arpas eólias, sin contacto humano,
 Armoniosas por el aire vano.

No, empero, el coro cuya voz trasciende
 El casto amparo de las ondas deja:
 El tosco alhago que al pudor ofende
 De aquí proscrito sin acción se aleja.
 Por cima, alguna al asomarse tiende
 Flotante velo en pródiga madeja;
 Pero observada, si lo advierte, lista
 Burló mas honda el rayo de la vista.

Las auras vienen á llevarse el canto;
 Las aguas frunce agitador su vuelo;

Rizan las hojas de la selva el manto;
 Bullen las flores animando el suelo;
 Y en suelo, y agua, y aire, del encanto
 Cómplice activo se mostraba el cielo,
 Pasmoso hablando el inefable idioma
 De sombra y luz, y de matiz y aroma.

En un elíseo especial en que descansan alegres los amantes que fueron infelices en el mundo, están Fedra y Safo: en la pintura de su felicidad hay á un tiempo deleite y pureza: notables son también las octavas por su excelente corte.

En grata paz figúrome que veo
 Fedra, olvidada del garzon esquivo,
 Y de Ariadne y del fatal Teséo
 Sentada al pié del ateniense olivo.
 Con halago tal vez vago deseo
 Le representa un carro fugitivo,
 O entre la sombra de enramada selva
 Gustosa aguarda á un cazador que vuelva.

Safo en fervido amor, en estro ardiente
 Encendida, la cítara dispone:
 Su queja abrasa el sideral ambiente,
 O adula en tiernos himnos á Dione.
 Manda la diosa que la tersa frente
 Faon con mirto y lauro la corone,
 Y eche los brazos al flexible talle,
 Y con su boca á la quejosa acalle.

Creemos haber dado con estas citas una muestra de la elegante versificación de este poema; pudiéramos trasladar brillantes pinturas, preciosos detalles que nuestros lectores nos agradecerían, pero nos es forzoso encerrarnos en límites asaz estrechos para nuestros deseos. Mucho debe aplaudir esta obra la crítica, pero algo tiene también que

censurarla. La accion principal camina con dificultad, enredada en la multitud de galas y de adornos con que la ha recargado la lozana fantasía del poeta. Dando rienda suelta á su imaginacion, ha abusado de su facilidad, de su abundancia. Preséntanse personajes que empiezan á interesar á los lectores, desapareciendo luego sin acertar el motivo. A cada paso se interrumpe la narracion con agradables episodios que distraen del hilo fundamental de la fábula. Mas que poema, pudiera llamársele una coleccion de detalles, de cuentos, de aventuras prodigadas con estudiado desorden, bordadas, por decirlo así, sobre una tela cuyo color no se distingue ya bajo los adornos que la cubren y la hermosean. No hacemos un cargo muy severo al autor; pero era inútil dar á su obra las pretensiones de poema que representa una accion única si quiso entregarse á sus caprichos. Mas bien creemos que arrebatado por sus ideas y sus inspiraciones, se ha desentendido el poeta de las trabas que de su propia voluntad se impuso. La obra es buena y no nos sentimos con fuerzas para examinar como hubiera podido ser mejor.

Cargo mas grave pudiera dirigirse al carácter principal del poema, á la misteriosa Almedora que es el eje de la complicada máquina, que dirige el enredo con disfraces y prodigios. Hasta el final no puede saberse que la hechicera es Palmira, y sin embargo encima de su sepulcro se ha aparecido á Bazan el fantasma de su primer amante: el caballero piensa que es un milagro semejante vision, y el lector, que no tiene

mas datos á su alcance, lo cree tambien. Ni una palabra le hace adivinar ó sospechar al menos la verdad; cuando la descubre ha cesado el interés que le movía. Ademas los misterios con que sorprende Almedora a los personajes del poema, sorprende tambien á los lectores: no sabiendo que la ignorada Palmira ha adquirido portentosos secretos en Oriente, no aciertan á comprender cómo, sin auxilio sobrenatural, pueden verificarse tales maravillas.

La misma razon de independenciam, de osadía, que ha hecho al poeta despreciar las formas que señaló á su fábula, le ha impedido ostentar colorido local y costumbres de la época. Ha tomado de la historia un tema que luego ha desarrollado á su gusto, desatendiendo completamente todo lo que coartaba los vuelos de su lozana fantasía. Con estos ligeros defectos, el señor Maury ha publicado sin duda una obra digna de la mas alta consideracion y que no podrá menos de traerle sólida y lisonjera fama. Grandes disposiciones y suma conciencia poética se han unido para producir á *Esvero* y *Almedora*: con estas cualidades no muere una obra fácilmente. Las altas dotes de que tan brillante muestra ha dado el señor Maury, le proporcionan uno de los mas distinguidos puestos entre los poetas que restauran con valentía y constancia las glorias del parnaso español.

LÚCULO.

DIRECTOR Y EDITOR,
FRANCISCO DE P. MELLADO.